

parece muy probable su apoyo vistas las tendencias nacionalistas existentes en otros lugares. Además, para su economía, que ya ha visto seriamente perjudicada la confianza de los inversores, sería vital la aceptación, y para ello sería obligatorio aceptar el decreto de protección de minorías. La única opción posible sería una negociación, siguiendo el modelo Checoslovaco, a la que se llegaría tras haber creado en Bélgica un nuevo estado confederado, algo no muy lejano, pues tal y como nos cuenta el autor, “la Bélgica actual es ya un ejemplo de Estado federal con características de Estado confederal”.

Este camino plantearía numerosas dificultades, pues aunque en Valonia se empieza a considerar como una posible realidad, es factible pensar que no pondrán facilidades e impondrán numerosos requisitos, especialmente en cuanto a Bruselas. Pero, a pesar de que Flandes renunciara a Bruselas, los políticos valones exigirían la concesión de un “pasillo” territorial para comunicar la ciudad, pues en caso contrario quedaría aislada y quizás se habría de plantear un nuevo puente aéreo como el de Berlín en el corazón europeo. La Unión vigilará atentamente lo que sucede en Bélgica, y su destino está indiscutiblemente unido al futuro europeo, muy discutido en los últimos tiempos no solo por ver como el país que pudiera constituir el modelo para una estructura federal europea puede desvanecerse.

De esta manera, “Bélgica ha pasado de ser el paradigma de la construcción europea a ser un ejemplo para los nacionalismos europeos”, los que, en épocas de crisis en múltiples campos como la actual, parecen tomar fuerza y aprovecharlo, requiriendo numerosas concesiones por su apoyo a gobiernos débiles y deslegitimados. Sin embargo, todavía, ni en España, ni en Escocia o en Chechenia, se da “la paradoja de que un partido independentista pueda ser el más importante”.

**Faraldo, José M., *La Europa clandestina. Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética. 1938-1948.* Madrid, Alianza Editorial, 2011, 320 pp.**

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez.  
(Universidad de Cádiz)

Los movimientos de resistencia armada se han convertido en una constante en la mayoría de los conflictos bélicos de la Edad Contemporánea al

instaurarse en los imaginarios colectivos ideas tales como patria o nación que definen lo propio frente al extranjero. De esta forma, el dominio de un determinado territorio pasa de ser un simple cambio de señor, como ocurrió en las épocas medieval y moderna, a ser una ocupación extranjera en toda regla contra la que, por tanto, cualquier ciudadano tiene el derecho y el deber de resistirse. Quizá las primeras de estas resistencias frente a lo que se considera el invasor externo serían las desarrolladas durante las Guerras napoleónicas en territorios como España o Rusia, pero a estas habrían de seguir muchas más en los dos últimos siglos, configurándose una auténtica tipología de fenómeno histórico.

La pertenencia, en este sentido, a una determinada comunidad, que podemos definir como “nacional”, frente a lo extranjero se convierte así en una bandera de enfrentamiento, de resistencia pasiva o activa que busca, en último término, la reinstauración de unos valores y unas estructuras nacionales. Este tipo de resistencias serán más importantes y de un mayor calado histórico en tanto en cuanto son mayores las contingencias e implicaciones del conflicto general en que se desarrollan.

Así, como no podía ser de otra manera, el mayor conflicto armado del siglo XX se convierte en un marco inigualable para el desarrollo de este tipo de fenómenos de fuerte significación histórica no sólo por su importancia real en el desarrollo del conflicto, sino, y esto es lo importante, por la importancia de su representación histórica en la instauración de los posteriores regímenes políticos de los países liberados (piénsese por ejemplo en la Francia gaullista o en la Yugoslavia de Tito). En este sentido, abundan en las últimas décadas, especialmente entre especialistas extranjeros, los estudios acerca del fenómeno de la resistencia contra los invasores nazis y en algunos casos, también investigaciones acerca del uso político y propagandístico que tuvieron las mismas en las décadas posteriores.

Resulta interesante, en cualquier caso, el constatar como muchos de los tipos y referencias de la resistencia anti-nazi no sólo tiene paralelismos en determinados territorios geográficos durante la contienda, sino que se mantienen y renacen ante una nueva “resistencia” en la primera post-guerra contra la ocupación soviética en el Este de Europa. Sin que se puedan equiparar en todos sus términos

los regímenes nazi y soviético, por más que se empeñen algunos historiadores, si que pueden establecerse analogías en las formas de ocupación y en la repercusión que esta tuvo en la organización de movimientos de resistencia de diverso tipo.

La obra que tenemos entre manos establece, de esta forma una caracterización de la resistencia contra ambos regímenes a lo largo de una década (1938-1948) en Europa desarrollando un análisis pormenorizado de las distintas organizaciones que actuaron en esos años en los territorios ocupados. Ya en 1938, con la ocupación nazi de Austria y parte de Checoslovaquia, comienzan a organizarse los primeros grupos de resistencia, primero con un carácter mucho más político que bélico y, posteriormente, a partir de 1941 aproximadamente, con un mayor componente de fuerza armada.

En los primeros años, la rapidez de la ocupación alemana y su aparente imbatibilidad hacían muy difícil cualquier tipo de resistencia efectiva, quebrando fuertemente la moral de cualquier grupo que intentara oponerse. Así, en países como Dinamarca u Holanda apenas se desarrollaron incidentes y en aquellos lugares donde tuvieron lugar, como Noruega, fueron rápidamente controlados y sosegados, únicamente en territorios como Polonia esta resistencia tuvo un componente de lucha armada efectiva desde el primer momento. A esto debe sumarse la existencia del pacto germano-soviético que hacía que los grupos comunistas de los distintos países ocupados dudaran a la hora de unirse a la resistencia entre sus sentimientos nacionalistas y la lealtad a las directrices emanadas de Moscú. En estos primeros momentos, la ocupación soviética de territorios como la Polonia oriental o la Carelia finesa comenzó a mostrar como las tácticas de ocupación alemana presentaban cierta analogía con lo desarrollado por el Ejército Rojo y en diversos territorios del Báltico comenzaron a organizarse grupos armados de resistencia contra los soviéticos a la par que en Europa occidental se organizaban los primeros grupos de partisanos en lugares como Francia o Bélgica.

Sería con la invasión alemana de la URSS cuando el conflicto entró en una nueva fase decisiva para la resistencia al entrar en juego muchos más factores y encontrarse en una lucha ideológica con diversos ingredientes: lo propio frente a lo extranjero, el ideal comunista frente

al régimen nazi. En este sentido, con una Europa oriental ocupada completamente por el ejército nazi mediante técnicas de guerra colonial (deportaciones, masacres...) la respuesta de los distintos grupos, principalmente comunistas pero también grupos nacionalistas y religiosos, cobraría una especial envergadura en territorios como Polonia, Ucrania o el Báltico.

En Europa occidental, por el contrario, la ocupación respondió a otras pautas mucho más respetuosas con las estructuras sociales y políticas previas, desarrollándose un tipo de resistencia diferente, en la que se trataba de limitar las acciones armadas a actos de sabotaje (que no suponían una reacción especialmente adversa contra la población civil por parte del ejército invasor), mezclada, eso sí, con campañas clandestinas de propaganda y actos simbólicos de resistencia pasiva. Esto no implica la inexistencia de partidas de milicianos al uso, pero si matiza, por ejemplo en el caso francés el papel de la resistencia en la posterior liberación de muchos de estos países. Así, en el país galo, las fuerzas partisanas eran muy limitadas antes de 1943 y prácticamente se circunscribían a grupos guerrilleros en muchos casos compuestos principalmente por republicanos españoles huidos y grupos de comunistas franceses y de Europa Central.

Estas diferencias entre la resistencia entre Europa Occidental y Oriental se mantienen a medida que avanza la Guerra, de modo que en muchos casos el avance del Ejército Rojo no suponía sino un cambio de invasor, igualmente extranjero, manteniéndose en muchos casos los mismos grupos armados. Si cabría, en cualquier caso, matizar el componente de esta resistencia anti-soviética que, obviamente, tenía un perfil mucho más nacionalista y religioso que la desarrollada contra el invasor alemán, pero que desarrollaba unas tácticas armadas de defensa y sabotaje muy similares. De igual modo, la actuación del Ejército soviético a partir de su avance por las estepas de Europa oriental fue muy similar a la desarrollada justo antes por las tropas alemanas.

Estos movimientos de resistencia en Europa oriental aún tendrían un peso muy importante en determinados territorios como las repúblicas bálticas, Ucrania o Rumania contra el avance soviético hasta 1948, fecha en que los últimos grupos armados fueron desarticulados y masacrados, perviviendo únicamente ciertos partisanos que a título individual continuaron

huidos como meros delincuentes hasta su captura o muerte, en algunos casos ya en los años sesenta y setenta. Por el contrario, en Europa occidental, estas fuerzas de resistencia fueron creciendo a medida que avanzó la contienda jugando un papel fundamental en la liberación de determinados territorios, como la ciudad de París, e integrándose en los nuevos Estados de la post-guerra, de modo que prácticamente desaparecen estos grupos exceptuando algunos casos de maquis y partisanos que continuarán la resistencia en la España franquista hasta bien entrada la década de los cincuenta.

El movimiento de la resistencia en Europa tuvo una importancia decisiva en determinados escenarios de la contienda si bien nunca resultado determinante para definir el resultado del conflicto (únicamente, y sólo en parte, podría exceptuarse el caso de los milicianos yugoslavos de Tito). Sin embargo, la imagen que de está se transmitió a las generaciones posteriores resultado altamente importante para comprender el devenir de muchos de estos Estados posteriormente. Así, de la imagen romántica del partisano que lucha por su patria y que entronca directamente con los guerrilleros de las guerras napoleónicas se pasa a la imagen del héroe con un fuerte carácter político e ideológico que participa en la construcción de las nuevas estructuras nacionales; basta señalar en este sentido el papel simbólico de las resistencias en territorios como Francia, Yugoslavia, Polonia o la propia Rusia frente al invasor alemán.

El principal aporte de esta obra estriba en su capacidad de ofrecer una imagen general y a la vez pormenorizada no sólo de estos movimientos de resistencia en sí mismos, sino de su significación en los imaginarios nacionales de estos países; siendo, a mi entender, pionera entre las obras en lengua española que se encargan de este apartado. Asimismo, resulta bastante novedoso el paralelismo que desarrolla entre las ocupaciones nazi y soviética en aquellos territorios donde se superpusieron desarrollando un tipo de resistencia especial y significativa que mantuvo determinadas regiones en un fuerte conflicto armado durante más de una década. Resulta, en cualquier caso, una obra de obligada lectura no sólo para el interesado en la II Guerra Mundial, sino muy especialmente para comprender la construcción de la Europa de post-guerra y la propia construcción europea a partir de la década de los cincuenta.

**Hernández Sánchez, Alfredo, *Las claves de la Transición. Del Franquismo a la democracia en Castilla y León*. Ávila, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2009, 123 pp.**

Por Rodrigo González Martín  
(Universidad de Valladolid)

Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad de Deusto, el zamorano Alfredo Hernández Sánchez es actualmente catedrático de Sociología en la Facultad de Económicas de la Universidad de Valladolid. Es autor de un importante número de publicaciones en las que se abordan tanto cuestiones teórico-metodológicas como investigaciones sociales concretas, conviviendo dentro de su producción textos de carácter esencialmente científico y académico con otros más enfocados a la divulgación o incluso a fines pedagógicos. Un lugar muy importante de su obra lo ocupan sin duda los diferentes estudios y análisis de la estructura social, demográfica y económica de Castilla y León durante los siglos XX y XXI que el sociólogo ha venido publicando desde que iniciara su carrera investigadora hace tres décadas. Dentro de este marco espacio-temporal, Hernández Sánchez ha estudiado por ejemplo la población y la ordenación del territorio, la estructura social, la inmigración, las elecciones políticas, el deficitario proceso de modernización e industrialización castellano o el desenvolvimiento de Castilla y León como Comunidad Autónoma.

En *Las claves de la Transición. Del franquismo a la democracia en Castilla y León*, el profesor Hernández trata al mismo tiempo de explicar el comportamiento político de los castellanoleoneses durante la Transición a la democracia y de reivindicar la importancia crucial de sus votos en un período histórico que considera finalizado con las elecciones generales y municipales de 1979. A lo largo de algo más de cien páginas nos presenta una Castilla empobrecida y conservadora, que durante la Transición votará de forma distinta al resto de España como consecuencia fundamentalmente de su elevado porcentaje de población rural y del consiguiente peso del imaginario ruralista. Esta Castilla resignada, profundamente católica y en general afín a los valores que había representado el Franquismo, se erige en granero de votos de la UCD en las elecciones de 1977 y de 1979, facilitando así de forma notable la acción del gobierno de Suárez. De forma paralela, el